

te todo el día, y, sin despojarle de los vestidos que le habían puesto de su amo para revestirle de una autoridad verdaderamente quimérica, hacían un hoyo y le enterraban en él, sin llegarle á cubrir con tierra. Los mixtecas no celebraban el aniversario del cacique fenecido; pero sí el de su nacimiento, guardando en toda esa ceremonia un silencio profundo y sin hablar una sola palabra.

Vecinos de los mixtecas eran los zapotecas, y sin embargo el uso de enterrar sus muertos difería del de los primeros. Los zapotecas embalsamaban el cadáver del jefe de la nación, usando de confecciones aromáticas que preservaban por algún tiempo el cuerpo de la corrupción, sistema que algunas veces, aunque pocas, usaron los chichimecas.

La costumbre de enterrar á los grandes personajes con ricas joyas de oro y otras alhajas de valor, era común á todas las naciones del Anáhuac. La verdad de esta costumbre está testificada por el dicho de los conquistadores españoles que descubrieron casualmente algunos de esos sepulcros.

Durante el sitio puesto á Méjico por los españoles, los soldados, al hacer algunas entradas en la ciudad, dieron, al derribar algunos edificios, con varias tumbas que contenían alhajas. Hernán Cortés, en su tercera carta-relación escrita al emperador Carlos V desde Coyoacán el 15 de Mayo de 1522, dice que algunos de sus subordinados que había dejado de celada en unas casas de la ciudad, «estando allí abrieron una sepultura y hallaron en ella, en cosas de oro, mas de mil quinientos castellanos».

CAPÍTULO XI

Moteuczoma I, quinto rey de Méjico.—Ceremonias usadas en la coronación de los reyes.—Los monarcas mejicanos salían á campaña para hacer prisioneros que fuesen sacrificados en su coronación.—Manera con que los reyes se presentaban en público.—Son muertos por orden del señor de Chalco dos hijos del rey de Texcoco y tres nobles mejicanos.—Son vencidos los chalqueños, y su territorio sometido á la corona de Méjico.—Amagos de guerra entre mejicanos y tlaxcaltecas.

Celebrados los funerales del rey Itzcoatl con la magnificencia que le correspondía por haber colocado á su nación entre la categoría de las primeras del Anáhuac, se procedió á la elección del nuevo monarca, pues no podía hacerse la elección sino despues de haberse celebrado las exequias del rey difunto.

1436. Reunidos los cuatro electores, muy poco Moteuczoma I, tuvieron que deliberar respecto del hombre 5.º rey de Méjico. que en concepto de ellos debía empuñar el cetro. No teniendo el difunto soberano hermano ninguno, la elección debía hacerse en uno de sus sobrinos. Entre éstos el que mas notable se había hecho por su valor, por

su talento y por los servicios prestados á la patria, era Moteuczoma Ilhuicamina, hijo de Huitzilihuitl. Los cuatro electores, juzgándole altamente digno de la suprema magistratura, lo eligieron rey con sumo placer de la nacion entera, y pusieron en conocimiento del rey de Acolhuacan y del monarca de Tacuba el nombramiento para que lo confirmasen, y luego á todos los feudatarios que habian asistido á las exequias del soberano Itzcoatl.

Ceremonias en la coronacion de los reyes de Méjico. Las ceremonias usadas entre los mejicanos, en la coronacion del monarca elegido, y que se efectuaron, en consecuencia, en la de Moteuczoma, son muy dignas de conocerse. Lo primero que se hacia despues de la eleccion, era dar aviso de ella á los reyes de Acolhuacan y de Tacuba, esto desde la alianza de los tres reinos, para que aprobasen el nombramiento. Confirmada por ambos la eleccion de los cuatro electores mejicanos, se hacia saber, como he dicho arriba, á todos los caciques y señores feudatarios, el nombre de la persona elevada al trono. Unánimes todos con lo resuelto por los electores, el rey de Acolhuacan y el de Tacuba, acompañados de la nobleza y de los hombres más notables, conducian al templo de *Huitzilopochtli*, que era el principal del reino, al hombre elegido para gobernar los pueblos. El orden que llevaba aquella procesion desde la casa del elegido hasta el santuario donde debian celebrarse las ceremonias, era el siguiente: Abrian la marcha los señores feudatarios de los diversos Estados, llevando cada uno las insignias correspondientes al suyo: seguian los nobles con los distintivos que revelaban sus empleos y dignidades: marchaban despues los reyes de Acolhuacan y de Tacuba, fir-

mes aliados del de Méjico; y detrás caminaba el monarca elegido. Iba éste desnudo, sin otra tela que el *maxtlatl*, conveniente y ancha faja de algodón, que tapaba sus pudencias, llevando á sus lados algunos ministros de la religion. Al llegar al templo, subia á la parte elevada de éste, apoyado en los hombros de los personajes mas distinguidos de la nobleza. En el instante que llegaba al punto elevado del santuario, salia á recibirle uno de los sumos sacerdotes que le estaba ya esperando con lo mas distinguido de los ministros de la religion. El rey, conducido por los sacerdotes á donde se hallaba el dios *Huitzilopochtli*, adoraba de rodillas á esta sangrienta deidad, tocando respetuosamente al suelo con la mano, y llevándola con igual respeto á la boca. Prestada esta adoracion, pero continuando siempre de rodillas, el sumo sacerdote, empapando un lienzo en una especie de tinta, le teñia todo el cuerpo con ella; tomaba en seguida ramas de sauce, de cedro y de hojas de maíz, y mojándolas en una agua que habian bendecido, le rociaba por cuatro veces, que era el rito que se seguia en la mayor de las fiestas; la consagrada al mismo dios *Huitzilopochtli*. Hecho esto, el mismo sumo sacerdote le vestia con un manto en que estaban pintados cráneos y huesos humanos, le cubria la cabeza con dos velos, uno azul y otro blanco, en que se veian las mismas figuras; le colocaba en el cuello, atada por una cinta, una calabacita que contenia dentro un polvo misterioso que servia de amuleto, segun sus creencias, contra las enfermedades, los engaños y los hechizos; y en seguida le daban un incensario y un saquito de copal para que incensase á su venerada divinidad.

Terminadas las anteriores ceremonias religiosas, en que el rey habia permanecido de rodillas, tomaba asiento el sumo sacerdote, y haciendo que se sentasen tambien el monarca, los reyes aliados, los señores y la nobleza, dirigia un discurso al nuevo soberano, felicitándole por su elevación al trono como él mismo se felicitaba, y recomendándole el buen gobierno, la recta administración de justicia, el respeto á la religion, el cariño paternal hácia los pobres, y el engrandecimiento y prosperidad de la patria.

Al discurso pronunciado por el sumo sacerdote, seguian los de los reyes de Acolhuacan y de Tacuba, los de los señores y los de la nobleza, reducidos todos á congratulaciones por su nombramiento y á ofrecimientos de amistad, de lealtad y de disposicion á servirle. El rey contestaba á todas las arengas, ofreciendo cumplir religiosamente con los deberes sagrados que tiene un monarca que solo debe vivir para labrar la felicidad de sus pueblos.

Despues de los discursos, el rey, seguido de su comitiva, bajaba al átrio inferior, donde el resto de la nobleza le esperaba para protestarle fidelidad y obediencia y pagarle en telas y en joyas el tributo á que estaban obligados. Cuando los nobles que le habían esperado en el átrio inferior acababan de jurarle adhesion y presentarle su tributo, el sumo sacerdote y algunos otros ministros de los dioses le conducian á una habitacion llamada Tlacateco, situada dentro del mismo templo, y en ella le dejaban enteramente solo por espacio de cuatro dias. En cada uno de estos, solo podia hacer una comida, bien de carne, bien de cualquier otra cosa que apeteciese. En cada uno de estos cuatro dias habia de bañarse dos veces, sacándose sangre

de las orejas despues de haberse bañado, y ofreciéndola al dios *Huitzilopochtli*, acompañada de oloroso copal que en honor de la deidad quemaba, orando continuamente á fin de alcanzar las luces que eran necesarias para gobernar con acierto el reino.

Transcurridos los cuatro dias, al siguiente volvia la nobleza al templo, y conducia á su palacio al nuevo monarca con las mas altas distinciones y consideracion. Aquí se presentaban otra vez los feudatarios para que les confirmase en la investidura de sus feudos, y se repetian las protestas de fidelidad. La corona era puesta en las sienes del que habia sido nombrado rey de Méjico, por el rey de Acolhuacan. La corona, llamada *copilli* por los mejicanos, tenia la forma de una mitra, pues estaba levantada por la parte anterior, rematando en punta, y por la posterior pendiente y caida sobre el cuello. Se componia generalmente de láminas de oro muy sutiles, ó tejida primorosamente con hilo tambien de oro y figurado con brillantes plumas.

Siguieron á la coronacion de Moteuczoma I los festejos y los regocijos públicos, acompañados de los sacrificios humanos verificados en los prisioneros de guerra, en honor del dios *Huitzilopochtli*.

Hasta entonces las víctimas sacrificadas en los regocijos de la coronacion de un monarca á la sangrienta divinidad, habian sido prisioneros hechos en general en las batallas por todo el ejército, sin necesidad de que en éstas se encontrase el soberano; pero el nuevo monarca Moteuczoma introdujo la costumbre que se siguió continuamente despues, de que las víctimas que habian de sacrificarse en la grandiosa fiesta de la coronacion fuesen hechas en comba-

tes dados por el mismo que habia sido nombrado rey. Según lo dispuesto por el reciente soberano y por él puesto en práctica, el rey elegido estaba obligado á salir á la guerra para proveerse de los prisioneros que debian sacrificarse en su coronacion. Para conseguir el objeto que se anhelaba, jamás faltaba alguna ciudad que se rebelaba, algun insulto que vengar hecho á los embajadores, ó bien la captura de los que en los mercados habian inferido alguna ofensa, ó hecho algun daño á los mejicanos.

El personaje elegido monarca, salia á la guerra para hacerse de los prisioneros necesarios que se habian de sacrificar en su coronacion, con grande aparato, llevando sus insignias reales y ostentando sus armas. Los prisioneros eran conducidos con notable pompa, con objeto de dar todo el realce posible á la campaña hecha por el soberano; pero entre estos prisioneros, los que tenian un lugar dis-

Los prisioneros ^{hechos} como merecedores de mas honra, eran aque-
por mano del rey. llos que habian sido hechos por mano del mismo rey. A esos prisioneros, cuya presencia argüia el valor y el esfuerzo del monarca vencedor, se les vestia con las ropas de más lujo y vistosas; se les engalanaba con brillantes adornos, y colocados en preciosas literas, eran llevados á la capital, de donde los habitantes salian á recibirles con músicas y demostraciones de regocijo. Todas las provincias del reino, anhelantes de patentizar su admiracion hacia el rey, por los prisioneros hechos por su mano, le enviaban embajadas y regalos, felicitándole por el alto esfuerzo de su magnánimo corazon.

Llegados á la capital los prisioneros hechos por el mo-

narca, eran conducidos á un sitio cómodo y decente, donde se les daba de comer abundantemente hasta el dia destinado para el sacrificio. La víspera de éste, el rey ayunaba y hacia largas oraciones con gran recogimiento y devocion, como era costumbre hacerlo por los dueños de las víctimas que iban á ser sacrificadas, por ser ceremonia expresa de la religion que profesaban. Llegado para los desdichados prisioneros el funesto dia destinado á su sacrificio, les colocaban las insignias del sol, y les conducian en seguida al altar comun de los sacrificios, donde morian á manos del gran sacerdote, que era quien desempeñaba el cargo de sacrificar á los prisioneros debidos á la persona real. Acto continuo de haber rasgado á la primera víctima el pecho y sacado el corazon que lo presentaba al sol y lo arrojaba luego á los piés del númen de la guerra, hacia con la sangre del prisionero sacrificado una aspersion hacia los cuatro vientos cardinales, y daba al rey un vaso de ella para que rociara con el rojo y caliente líquido de la víctima, los ídolos que se hallaban en el ensangrentado recinto del templo, en demostracion de gratitud por el triunfo alcanzado sobre los enemigos de la patria. Terminada la anterior ceremonia con el profundo respeto con que solian celebrarla, colocaban la cabeza del sacrificado sobre un palo altísimo hasta que se llegase á secar perfectamente el pellejo, y conseguido esto, lo llenaban de algodón, y á fin de que el hecho glorioso del monarca se perpetuase, lo colgaban en algun sitio del palacio, donde se conservaba como glorioso trofeo que patentizaba el real valor del personaje real.

Moteuczoma fué el primero que dió el ejemplo, y el que